



letrias

impresiones del criollismo el imaginismo

por Lautaro Yankas.

Para el proselitismo manifiesto de nuestra vida literaria — autores y lectores — la sola mención de la palabra criollismo ha de suponer la presencia ineludible de otros vocablos — irrealismo, imaginismo — enarbolados sin merma en diarios y revistas, en intento de divorcio y libertad creadora, proyectada en sentido opuesto a las señales de nuestra literatura tradicional.

¿Es el criollismo literario la interpretación de paisajes y tipos, según un canon que recomienda veracidad extrema, enfoque riguroso, sin desdeñar nada y, al mismo tiempo, sin exagerar el motivo de la interpretación? Interpretar tiene aquí el alcance de versión, de aclimatación en nueva materia, de imitación en todos los grados del temperamento. Muy otro es para el espíritu de este artículo el espacio de la creación.

Durante los últimos treinta años, nuestra literatura ha crecido en atmósfera de malestar, entre sombras denodadas y fatigosas, decidida, no obstante, a darnos prueba elocuente de la belleza de nuestra tierra y de la gracia varonil de nuestros tipos. Franca y dolorosa iniciación. Es excesiva la producción malograda, excesivo el número de páginas admirables trasapeladas en volúmenes mal compuestos, apretados de paciencia, de detalles, que en otras circunstancias hubieran sido preciosos.

América latina toda ha caído en este pecado de bisoñismo arriesgado, de indisciplina sin genio. Una que otra vez el temperamento, condición universal encendida sobre cualquiera tendencia o escuela, ha logrado reflotar obras cuya disposición de conjunto, lejos del mínimo y primordial equilibrio, no alcanzaba las proporciones exigidas a la creación libre, tortuosa y magnífica.

Falta a los sudamericanos la herencia espiritual efectiva. Esta latinidad nuestra carece de médula, de fibraje y raíz nutridora. Es hojarasca burda y entraña indefinida, afinada, purificada a veces por la cultura. España, hay que decirlo, nunca fué generoso maestro de latinidad. Sólo ahora, con el advenimiento de la generación novecentista-Ortega y Gasset y los nuevos de la "Revista de Occidente" y "La Gaceta Literaria"—ha conseguido irradiar su noble valía espiritual.

La escasez de pasado guía, de norma superior y persuasiva, nos hace precipitados, estrechos o desmedidos. En estas condiciones el temperamento rebasa o se apoza sin provecho.

Muchos libros de ambiente nativo, impresos en los últimos años tienen poco o nada de lo que pretenden ser, esto es de novela o cuento, y mejor se ubican en el folklore, género que para los extranjeros que nos visitan o nos siguen de lejos, no pasa de ser una curiosidad, más o menos interesante.

Las supersticiones y mitos de nuestro campo son venero inagotable para la novela o el cuento, distintos en mil aspectos de la reproducción paciente y fiel, engastada, si se quiere, en buen estilo. Por otro lado, cualquier asunto de la vida campesina real es tema de epopeya, dadas las condiciones de nuestro paisaje y la

naturaleza del alma nativa, esencialmente ágil y fuerte.

La tierra americana, múltiple, espléndida, artera, ha sido, como es natural, tentación inmediata de los escritores nativos, deseosos de independencia y de valorizarse contra la invasión de literatura extranjera en estos dominios todavía mal cultivados, y a veces vírgenes. Ha brotado, pues, con ansia de selva nueva, esta literatura ruda y pasional, sin pudores ni sutilezas.

En Norte América está Bret Harte. Nos traza los primeros nombres de lucha en aquellas tierras de aventura, recoge la tragedia de los buscadores de oro, y a veces juega al humorismo en algunas leyendas de la evangelización española. Hé ahí sus "Bocetos Californianos" y aquel frutivó "Monte del Diablo". Jack London, a la entrada de este siglo, campea de Alaska a California con su clara y recia visión de la naturaleza feroz y admirable, y su asombrosa intuición de la vida animal, amiga u hostil. En verdad, no es fácil encontrar hasta ahora un narrador mejor dotado que London, un intérprete más luminoso y audaz del esfuerzo humano en lucha diaria con elementos desatados.

En esta literatura del norte, principalmente la de London, el aliento cósmico va en juego constante — vida y muerte — con la voluntad humana, secundada por el maravilloso sentido de agunos animales. Literatura de acción, de empuje, de vida decidida. Norte América inicial.

Entramos en Méjico, América Latina. La topografía mejicana, acaso única en el mundo, ha fraguado un alma nacional enconstradiza, sinuosa, encendida, fiera. La expresión épica del pueblo mejicano está señalada felizmente en "Los de abajo", el brioso libro de Mariano Azuela. Combustión intensa, destrucción constructiva y pasional, galope, descanso jadeante, y vuelta al galope arrollador. Tal es el alma de esta cálida novela.

No cabe comparar "La Vorágine", de José Eustacio Rivera, así como "Don Segundo Sombra", del argentino Güiraldes, con el notable libro de Azuela. En él la técnica simple y original se aúna firmemente con el temperamento. Mayor contenido de vida racial, de paisaje útil, de vida humana y universal en botijo mejor plasmado no lo hay en otro país de América Latina. Nadie negaría a Rivera su sinfónica sensación de la selva tropical, donde corre, resignada o enloquecida, la miseria de miles de hombres. Güiraldes nos da también en su mejor libro páginas luminosas de la pampa. "Don Segundo Sombra" tiene sí, muchísimas páginas fatigosas e inactivas donde canta el vacío o la paciencia. Se nos ofrece en esta obra un enfoque de gaucho en contacto con la vida que lo presiona y lo empuja a recorrer pagos y más pagos. Débil, flojo y nebuloso es este aliento gaucho de Güiraldes, como pasado en cedazo fino y elegantón. En cambio, el diálogo es tan abundante y recargado que a veces resulta intraducible, aún para nosotros. Mejor fundido en el ambiente, más legítimo criollista, menos restringido y con claro sentido de lo universal, nos parece Horacio Quiroga, el notable cuentista.

Carecemos los chilenos de la obra nacional, pero no sería prudente lamentarlo. No debemos negar la existencia de algunos intentos, inadecuados por presunción y desconocimiento cabal de ambientes y tipos. Seguramente, no basta mirar desde fuera la vida esencial de la raza, acodándose cómodamente en la barandilla del turista, mientras el caudal escapado ruga a nuestros pies. La obra verdadera y medular puede obtenerse mediante la combustión profunda de la naturaleza nativa en el temperamento. Identificarse, fundirse, ser el ritmo y el aliento de un cuerpo que no es el nuestro, y que nos domina y absorbe en trance de expresión.

Huyendo de la obra folklórica, algunos escritores chilenos han saltado al extremo opuesto para darnos una pintura de tipos que los autores suponen chilenos de verdad.

El aspecto que hace menos viable nuestro canje literario con Europa es el procedimiento que empleamos en el diálogo criollo. Un verismo objetivo formal, en afán de chilenedad fiel. Naturalmente las páginas se recargan de frases campesinas o arrabaleras, según el caso, y las palabras aparecen mutiladas y deformes en beneficio de un mejor acoplamiento. A menudo, estas frases enfiladas a gusto del escritor son muy ajenas al sentido que les dió el huaso o el roto a quien se las oyó de pasada. Son en muchos casos, arreglos falseados, sin sentido criollo.

Y lo realmente valioso en el diálogo criollo es el sentido, la intención, entornada casi siempre. Nada más interesante y revelador de la mentalidad nativa que este juego de imágenes con que se envuelve un "doble sentido", y esos silencios huraños, felinos, que ahondan la conversación campesina. Sin duda está lejos de la pretendida verdad el libro saturado de "frases oídas". Es preciso conocer a fondo la vida nativa, hablar la jerga rústica para advertir su parquedad sugerente y rica. Siendo gran imaginativo, teniendo mucho sentido de lo grotesco, el campesino es enemigo de la verbosidad inútil, como el roto auténtico, divertido y temible.

Escurridiza, inquieta y sorprendente es la intención del nativo rústico, y por consiguiente, imposible de acomodar en frases desgajadas a menudo, sin correlación, con escenas y estados de alma señalados previamente por el escritor. La intención rústica es en general irreductible. La destreza campesina en este sentido es comparable a la ironía en el lenguaje culto, cuyo alcance es infinito, como infinito es el deleite que procura al feliz mortal que la posee.

Hace falta, pues, a mucha de nuestra literatura, el don de ambiente, la intuición asimiladora. Y en seguida la interpretación sintética, esencial, del lenguaje criollo en formas legítimas y traducibles.

Existe otro medio, ya en uso, de hacer literatura "nacional". Junto a la descripción más o menos fiel de ambientes, está el enfoque de tipos que visten como los nuestros, pero cuyo lenguaje ha sido total invención del escritor. No se trata ya de frases cogidas aisladamente en la puerta de los ranchos, sino que se pone en boca de los tipos frases elaboradas que el huaso o el roto desconocen. Es un estilo de diálogo muy traducible a otro idioma. Para el lector chileno carece de honradez. Nadie puede negar que nuestro público está harto del criollismo groseramente recargado; pero no le demos en este trance un guiso desabrido y artificial, aunque luzca en plato de calidad.

Nuestra literatura tiene lejanías espléndidas. Hay en actividad temperamentos bien dotados. Falta realizar con disciplina — disciplina personal y novísima que puede parecer desequili-

brio — con implacable autocrítica, como único medio de conseguir el sentido de la obra bien hecha, el ejercicio de la creación robusta, válida en toda parte.

Mientras el criollismo evoluciona y se renueva en una pléyade de temperamentos audaces y sólidos, se enciende en nuestra literatura un propósito de creación novelesca apartado en todo del realismo. Una atmósfera sugerente, una floración de motivos caprichosos, simples o complejos, proyectados sobre lo inesperado. Poco importa a los nuevos corceles la particularidad regional, la huella nacionalista. Generalmente, en este alado procedimiento de belleza las condiciones de ambiente sirven, transmutadas en decoración flotante y poética, a un argumento bien orquestado por sutil juego de análisis. La imaginación es el fondo suntuoso de esta literatura. Allí renuévanse las decoraciones, se ilumina la intuición, se diseñan las figuras con líneas de lírico movimiento, se suceden las escenas, ágiles e inesperadas.

Literatura simpática y airosa, el imaginismo, como lo han llamado algunos, consigue a veces acrobacias que rompen la comodidad del lector acostumbrado a la prosa rancia, mientras refresca la emotividad ejercitada del nuevo público. Tendencia nueva en nuestro país, filtrada a veces, por desgracia, de influencias nórdicas y de otras latitudes literarias. Plena de atisbos y de noble belleza en muchos casos, explotadora apasionada de lo maravilloso, reveladora del yo en todas sus fases sorprendentes y de las formas de la sensibilidad a su alcance. Apostolado de la fantasía y del "juego a la emoción". Su meta es la belleza, sin rudezas ni contactos pringosos. Pero... ¿No es allá adonde caminan todas las literaturas, aún el naturalismo? Es el postulado universal: minimum de materia inútil en esta ascensión apuntada hacia el lirismo.

El espacio actual está rayado por rutas literarias innumerables. Arrancan la mayor parte de la vida inmediata, de su interpretación severa o humorística, tranquila o arriesgada. Las otras ondulan lejos y queman sus términos en el sol. ¿Cuál es la mejor? Proust, Dos Pasos, Wells, Boris, Pilniak, Thérive, London, Joice, Morand, Stevenson, Rosny, Virginia Woolf, Karin Michaelis?... Realismo, realismo impresionista, fantasía...

No podría en Chile surgir controversia entre quienes dan vida a los dos aspectos interesantes de nuestra literatura. Comúnmente, las escuelas literarias — Francia es ejemplo expresivo — sólo sirven para encender la apoteosis de un cerebro despótico sobre un grupo de mentalidades de arrastre. "Una escuela literaria — dice Francis de Miomandre — es una fórmula, algo puramente exterior y contrario al temperamento.

Criollismo y fantasía pueden desarrollarse en esta tierra, sin propósitos doctrinarios. Son tendencias valiosísimas por las sorpresas que prometen. Saludables ventanales encuadrados hacia todos los horizontes, en viva sed de realizaciones ascendentes.

Vitalidad creadora y disciplina — nada de disciplinas estáticas — condiciones de un arte nuevo en América.

La preeminencia ineludible del temperamento sobre fórmulas o tendencias resuelve sin esfuerzo el dilema de lo criollo o nacional y lo imaginario o etéreo. El temperamento máximo romperá siempre todas las fronteras, poco importa que sus medios de avance sean la inmediata realidad o lo abstracto.